



Con Graciela Frigerio¹

EDICIÓN A CARGO DE ANA DE BARBIERI,²
MAGDALENA FILGUEIRA³ & LUIS GRIECO⁴

Disponible en los momentos de concertar espacios de intercambio e in-fatigable a la hora de disponerse a la producción, es Graciela Frigerio, afable en todos ellos. Fue en el Centro montevideano, una tarde lluviosa de febrero, comenzando el año 2013, cuando se encontraba trabajando para la Universidad de la República, en la Facultad de Psicología, en la «escuela de verano» a la cual asisten estudiantes de varios países de América Latina. Corriendo el humo del café, fue develando en la Conversación su periplo de formación y de transmisión. Fuimos conducidos hasta los confines mismos, hasta las fronteras entre saberes, que ella suele atravesar, dado que se reconoce como «migrante disciplinar». Nos convidó a conocer sus filia-ciones simbólicas, a las que no renuncia, sino que deconstruye a la vez que habita. La escena que se destaca como predilecta es aquella que acontece en la atmósfera de «seminario», como un tiempo-espacio de construcción.

- 1 Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires y doctorada en Educación por la Universidad de París V, Francia. Directora del Doctorado en Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). Miembro fundador del Centro de Estudios Multidisciplinarios (Fundación CeM). Profesora e investigadora de distintos posgrados en universidades argentinas. Además, es profesora invitada de universidades extranjeras y consultora de organismos nacionales e internacionales. Codirectora del Diplôme d'études supérieures universitaires (DESU), Jóvenes en Dificultad. Enfoques Interculturales y Prácticas Profesionales y Derechos del Niño y Prácticas Profesionales (CEM/París VIII). Directora de la carrera de especialización Nuevas Infancias y Juventudes (CEM-UNGS). Autora y coautora de numerosos libros y ensayos, ha tenido a su cargo el desarrollo de distintas colecciones de educación.
- 2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. anadeb@adinet.com.uy
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mefe@adinet.com.uy
- 4 Analista en formación en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. grieco23@adinet.com.uy

MAGDALENA FILGUEIRA —Te vamos a proponer llevar adelante esta «Conversación en la Revista», Graciela, «en la cinta de Moebius».⁵ Tú misma escribiste esto respecto a Moebius y su amor por los enigmas, el legado que nos dejó: su banda, como frontera que contornea metafóricamente un agujero y que brinda significaciones para lo propiamente humano. Empezaremos con esta conversación, entonces, una excursión, incursión, que por momentos parecerá estar recorriendo el mundo externo, en otros el interno.

LUIS GRIECO —Una primera pregunta para ir abriendo nuestra conversación. ¿Quién es Graciela Frigerio?

GRACIELA FRIGERIO —Lo primero que te podría decir es que soy una persona mayor; es una cuestión que me importa decir, porque creo que con el tiempo uno va, elaboración mediante, articulando, reacomodando, reorganizando todo un conjunto de relaciones y «filiaciones simbólicas».

Si tuviera que definirme disciplinariamente, optaría por decir que soy algo así como una «migrante disciplinar». Me resultaría muy complejo identificarme solamente con una disciplina. Desde pequeña tuve curiosidad por distintas cuestiones, distintos lenguajes. Quizás en el fondo haya una perspectiva particularmente querida: el pensamiento psicoanalítico, con el que estuve en contacto realmente desde pequeña por cuestiones de vínculos familiares. No recuerdo exactamente la edad, digamos ¿nueve o diez años?, cuando acompañaba a mi madre a unos cursos que brindaba Federico Aberastury. Conservo aún algunos de los cuadernos en los que a lápiz mi madre tomaba notas. Podría decirse que desde pequeña me acompaña esa convicción, esa intuición, esa certeza acerca de la existencia de una zona del sujeto que tiene unas reglas distintas, unas lógicas distintas que es necesario conocer y elaborar.

Cuando concluía la secundaria empecé a formarme en ciencias exactas, para rápidamente migrar a la carrera de medicina, donde hice dos años. Mi intención en aquella época era ser psicoanalista.

5 G. Frigerio (2005). «En la cinta de Moebius». En *Educar: ese acto político*. Buenos Aires: Del Estante Editorial.

Por distintas razones no pude soportar la carrera de medicina. Consideré que si la formación psicoanalítica en la Asociación Psicoanalítica Argentina tenía esta condición, lo lamentaba... Podría decirse que de medicina «me mudé» a ciencias de la educación. Una opción no particularmente apasionada en ese momento, solo una formación de compromiso, dado que algo *tenía* que estudiar. Ingresé a filosofía y letras, y a la vez, como estaba muy tentada por todo lo que en la Argentina se movía alrededor del psicodrama, me acerqué de a ratos a esa formación y a esas prácticas. De manera tal que estudié las mal llamadas ciencias de la educación, manteniendo contactos con el psicoanálisis y posiciones que lo discutían y lo conjugaban distinto.

Justo cuando estoy concluyendo la carrera de ciencias de la educación en la Universidad de Buenos Aires se cierra la universidad, se interviene... debo irme. Llego a Francia muy afectada y preocupada por la historia política de mi país. Razón por la cual mi primera opción cuando inmediatamente empecé a estudiar en París, aún sin total claridad entonces al respecto, fue intentar comprender qué pasaba con una sociedad que podía producir en el registro político y social unos modos tan traumáticos. Quizás fuese lo que me tenía afectada como *marca* desde la salida de Buenos Aires casi un año antes de que llegara la dictadura. Pero, insisto, las cosas eran menos precisas en ese entonces; como siempre ocurre, este es un sentido también construido *après coup*. En París V tuve la suerte de que me recibiera una mujer extraordinaria por su generosidad, militancia, una mujer con una formación sociológica clásica, estricta, milimetrada, Vivianne Isambert Jamatí; ella había aceptado un grupo de estudiantes de doctorado muy interesante por su heterogeneidad. Hice pues una trabajosa tesis de doctorado en la que abordaba cuestiones centrales del sistema educativo.

Cuando terminé esa tesis en educación con opción sociología, de alguna manera cumpliendo un mandato, tal vez autoimpuesto, solo concretado a fuerza de voluntad fría, me permití, podría decirse quizás, «reanudar» lo que me apasionaba. Me inscribí entonces nuevamente en la universidad, esta vez en Nanterre (París X). Era el lugar que me parecía más interesante en ese momento, porque allí estaban Didier Anzieu, Roger Dorey y otros profesores que ofrecían una

formación que hilaba muchos elementos de mi interés. Mi expectativa de anudar preocupaciones a propósito de lo grupal, como un interés en formarme clínicamente, era un modo de poder trabajar desde otro registro lo que me importaba e interesaba de lo social y lo político, a la vez que me permitía reanudar e iniciar (no es contradictorio para mí) una formación psicoanalítica que nunca había tenido un orden. Didier Anzieu y Roger Dorey me aceptaron en formación en el DEA (año anterior al doctorado).

Se inició un tiempo maravilloso de formación. Sobre ese tiempo tengo un infinito agradecimiento, porque sin duda fue la base de la formación más significativa de mi vida. Quizás no tanto o no solo por las enseñanzas de Anzieu, sino en gran medida por la consistente, rigurosa, profunda formación que aseguraba Dorey en el Sainte-Anne a partir del trabajo que se ponía en marcha y se exigía; desde la «presentación del enfermo», la manera de entrevistar, la manera de enseñar psicopatología dejaron en mí la huella de un estilo de relación con el saber. Felizmente asistía también al seminario de Veaucresson, un día sábado intenso y completo de trabajo mensual o bimestral, no recuerdo ahora la secuencia, solo puntuado por el almuerzo que compartíamos los estudiantes y Roger Dorey, que dirigía el seminario. Para esos encuentros teníamos obligación de producir, había que agruparse y trabajar para presentar y aceptar una deconstrucción de lo presentado. Aprendía allí realmente un estilo de trabajo intelectual diferente y magnífico. En el seminario reinaba para mí un ambiente a la vez exigente, apasionante y magnífico de trabajo con los compañeros, con los colegas y con Dorey, de quien destaco su enorme generosidad intelectual. Su posición era a la vez sólida teóricamente, sensible a la producción de Lacan, pero básicamente era un psicoanalista *à l'ancienne*, digamos, en su respeto a la clínica, en su respeto al paciente, en su rigurosidad diagnóstica, en su exigencia hacia nosotros. Ahí puedo afirmar que me formé, y es quizás este tiempo de formación, ese estilo de trabajo lo que más extrañé y lo que sigo extrañando después de que regresé al Río de la Plata.

Volví a la Argentina después de que regresara la democracia, un tiempo después, no inmediatamente, no fue sencillo llegar. Lo que

estoy intentando narrar (lo que solo es posible por la calidad de la escucha de mis entrevistadores) tiene que ver con algo que se volvió, con el tiempo, central: mi reivindicación de las *figuras del extranjero*, por cierta conceptualización de *lo extranjero*. Es más, siempre sostuve que uno no es sino al menos un primer exilio, refiriéndome por supuesto a lo materno, pero cuando uno puede atravesar los exilios (sin haber optado en mi caso por el estatuto jurídico de exiliada) hay algo del orden de una *relación de saber* con el saber que es profundamente apasionante de recorrer. Al instalarme en Buenos Aires tuve también que tomar decisiones, entre ellas si retomaba algo que tuviera que ver con mi formación psicoanalítica, y recuerdo mi desconcierto ante el panorama local. Como me había analizado con Octave Mannoni, le escribí: «No entiendo nada del panorama psicoanalítico de este país, ¿qué hago?». Me dijo: «No podría orientarla».

No logré, no supe buscar y/o encontrar el estilo de trabajo con el que a mí me gustaba acercarme a la clínica, con el cual identificarme. Eso limitó u orientó una decisión: no sería exactamente el trabajo clínico directo aquello a lo que me dedicaría. Era un tiempo en Argentina de mucho de un estilo de lacanismo que no me resultaba interesante. Había asistido en Francia a algunos seminarios de los «lacanianos», y valorado aportes de Lacan, sobre todo el primer Lacan, y de sus ¿discípulos?, pero lo que se hacía no me representaba. Me resultaban interesantes la construcción teórica, los cruces culturales que se producían, algunas figuras, pero no era en esa corriente que me encontraba más identificada. Sí podía valorar, tomar conceptos, explorar con esos conceptos objetos diversos de mi interés, pero finalmente con menos apertura para pensar que en otras perspectivas. ¿Podría hacer algo con un pensamiento clínico explorando territorios no clínicos? Digo *explorando* y no *aplicando* porque este es un punto sobre el que debato mucho, dado que entiendo que las relaciones de aplicación sobre todo en psicoanálisis y en otros campos han sido particularmente frustrantes.

En esa situación estoy cuando ocurre algo que no fue quizás exactamente casualidad: empiezo a conectarme con gente de la educación, en particular con Cecilia Braslavsky, quien me invitó a hacerme cargo de unas investigaciones que estaban boyando en

la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), donde trabajé durante unos diez años, y también conocí a Lidia Fernández, que en ese momento dirigía el Departamento de Educación, quien también inmediatamente me ofreció hacer un seminario de posgrado sobre formación de formadores. La formación de formadores era en ese momento en Francia una cuestión muy interesante, en la que yo había trabajado mucho con gente de diversas disciplinas, entre las cuales quiero mencionar a modo de homenaje a una antropóloga argentina que falleció recientemente, Silvia Costanzo. Formación de formadores e interculturalidad, lo grupal y la fantasmática de la formación fueron territorios de desempeño. Básicamente me importa señalar que entonces se inaugura, a partir de algunas investigaciones y especialmente una que refería al análisis del fracaso escolar en los sectores populares, una posibilidad de hacer a mi gusto una buena síntesis entre preocupaciones políticas y una reflexión psicoanalítica para formular problematizaciones, indagar y comprender. Es esta línea la que con el tiempo se volvería lo que, creo, me identifica.

A la vez, como deriva tanto de posicionamientos internos como de los contextos en los que estaba trabajando, se abre lo que yo llamaría el período del pensamiento organizacional, con el cual hoy ya no me identifico. Acerca de él puedo decir que fue un tiempo muy interesante de trabajo en los territorios de la educación, mucho trabajo con educadores en distintos territorios. Trabajé creo con cientos de maestros, directores, supervisores, en las escuelas, en las provincias, en ciudades de distinta dimensión y en poblaciones más alejadas y menos numerosas, encuentros y encontronazos con realidades múltiples. Estoy agradecida a ese tiempo que me permitió nombrar algunas cosas, ofrecer algunas perspectivas, introducir algunas referencias, tener en cuenta a la vez a los actores y sujetos concretos y a maestros del pensar que por aquel entonces solo eran conocidos por pequeños grupos (ustedes ven que hablo de allá lejos y hace tiempo) y volverlos disponibles para los educadores. Me refiero por ejemplo a Castoriadis, a Enriquez. Cuando leí por primera vez la tesis de doctorado de Enriquez me impactó e impresionó mucho, es una huella a la que regreso cada tanto.

Después de varios años se instala (o «¿instalo?», «¿me autorizo?») un juntar más sistemáticamente, anudar con una consistencia que me gustaba, siendo a la vez fiel e infiel, a unos *maestros* que nunca me reconocerían como discípula y de los que tampoco me declaro tal. Así intento abordar lo institucional poniendo a dialogar conceptos del psicoanálisis, que nunca dejé de estudiar, nociones de la sociología clínica en territorios concretos mediante desarrollos políticos concretos, en campos empíricos específicos. Fueron los años de creación de programas políticos, otros de creación de las *zonas de acción prioritaria* en la ciudad de Buenos Aires. Sin renunciar a mantener esta «doble pertenencia», por decirlo de algún modo. Trabajaba en territorios concretos, las escuelas, los barrios, me encanta trabajar ahí, me gusta discutir ahí, ya que si uno no discute ahí, puede decir cosas eventualmente tan bellas como impertinentes.

A la vez, empezaba a dar forma en el territorio universitario a posgrados. Estoy hablando de mi ingreso a la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), para la que diseño la Maestría en Educación, que acompañé durante muchos años. Más recientemente el Doctorado en Educación, que actualmente estoy dirigiendo. Migrante disciplinar con pluralidad de filiaciones y pertenencias, con una necesidad (por no hablar de vocación) de forjar nuevas institucionalidades, cofundé y participé desde su apertura hasta su cierre, durante quince años, en el CEM, el Centro de Estudios Multidisciplinarios, una fundación en la cual con un grupo de colegas, en particular Gabriela Diker, dimos forma a iniciativas y a un estilo de trabajo que nos permitía compartir temas, poner en marcha proyectos, investigar, crear formaciones con distintas instituciones argentinas y extranjeras, entre las cuales quiero mencionar a la Universidad de París VIII. Vínculos que resultaron de encuentros azarosos, y gracias a los cuales se produjo un encuentro muy importante para mí, el de «hallar» la filosofía. Stephane Douailler, Patrice Vermeren oficiaron como anfitriones; eso me permitió conocer a Rancière, asistir a seminarios de Derrida, tejer afinidades intelectuales que producen otra movida, otra migración o una nueva experiencia de extraterritorialidad.

Me pregunté: ¿cómo pude estar tan desatenta? ¿Cómo demoré tanto en establecer un diálogo con la filosofía? ¿Qué me distrajo como para no haber emprendido una formación en filosofía política a la clásica? ¿Cómo pude creer que podía entender algo sin juntar la manera de entender la producción subjetiva y la producción de lo social desde la filosofía también en diálogo con el psicoanálisis? Algo por otra parte que Castoriadis había puesto en evidencia. De modo tal que los últimos años, ya sin declararme alumna pero estudiando, fueron años de acercamiento a la filosofía, que tuvo en París VIII expresiones de una osadía conmovedora. Las preocupaciones por la institución y las instituciones, las políticas educativas y las infancias se entrecruzaron en una investigación que me importó mucho y que encontré en la Guggenheim y su reconocimiento un impulso significativo que me permitió dar forma a ideas e hipótesis sobre la *pulsión antiarcóntica*. Si tuviera que sacar una «carta de identidad», te diría «ahí están las pistas para delinear los rasgos».

L. G. —Y empezamos con el *ahí*, porque son como las marcas, y *marca* en su etimología proviene de señal en el sentido de un territorio fronterizo. Tomando esta «marca en el ahí de la pulsión antiarcóntica», conversábamos con Magdalena que proviene del campo influido por Derrida, del *arkhé*, del archivo, y que tiene alguna vinculación con el planteo de la *pulsión de muerte* en términos freudianos.

G. F. —Me resulta importante destacar que los aportes de Eugène Enriquez siempre me dieron a pensar. Me importan lo que podría llamarse el primer tiempo de la obra de Enriquez y sus producciones más recientes; en ambas la cuestión de la *pulsión de muerte* ha sido trabajada por él con una pertinencia y una justeza que permiten (que me permiten) comprender algo de lo que acontece. No sé la importancia que tiene para ustedes el concepto, para mí el concepto de pulsión de muerte que adopto, al que recurro, que me habla, sigue siendo un concepto totalmente enigmático. Me doy cuenta, cuando retomo el material que he ido juntando, notas de los seminarios a los que asistí, apuntes de lecturas, reflexiones escritas en los márgenes de libros escritos por otros, de que desde hace mil años me he preocupado por la *pulsión*. Cuando recorro la biblioteca me vuelvo a encontrar

con viejos cuadernos de apuntes, constato que hay temas que arrastro desde hace muchísimos años aun cuando solo recientemente tomen forma de narración o investigación. Finalmente sigo trabajando sobre preocupaciones que estaban en mí desde hace muchísimo tiempo, cosas que intentaba pensar sin saberlo, *lo sabido no pensado*.

- L. G. —Rastreando en tu bibliografía el tema de la *pulsión*, en el texto *El análisis de la institución educativa*⁶ hay una línea de trabajo sobre la *pulsión de saber*, que Freud plantea como agregado en 1915 a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905)⁷ con relación al cruce de la *pulsión de ver* y la *pulsión de apoderamiento*, sobre el enigma acerca del origen de los niños, y luego tomás los desarrollos de Roger Dorey sobre el *deseo de saber*.
- G. F. —De Roger Dorey, y recientemente los desarrollos de Sophie de Mijolla-Mellor, quien aborda estas cuestiones también haciendo una relectura crítica de la producción freudiana. Acabo de recordar que cuando yo hice mi memoria de DEA en Nanterre la hice sobre la cuestión de la pulsión y el *deseo de saber*. Cosas que vienen y van sin dejarnos nunca de trabajar.
- L. G. —Piera Aulagnier lo liga más que nada con *saber sobre el deseo*, en *Un intérprete en busca de sentido*.⁸
- G. F. —Buenísimo que traigas la referencia de ese título, un texto sumamente interesante. Me gusta mucho la producción de Aulagnier, creo que ha ordenado la reflexión al avanzar figuras conceptuales bien interesantes. Actualmente la cuestión del *deseo*, a pesar de que la uso como *deseo de saber*, es una noción cuyo desgaste, o cuyo *malentendido*, como diría Rancière, me lleva a una cierta distancia. Pero es innegable que sigo entendiendo que en nosotros hay algo del orden del *deseo de saber* que se obstina.

6 G. Frigerio y M. Poggi. *El análisis de la institución educativa*. Buenos Aires: Santillana, 1996.

7 S. Freud (1905). «Tres ensayos de teoría sexual». En *Obras Completas*, v. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.

8 P. Aulagnier. «El deseo de saber en sus relaciones con la transgresión». En *Un intérprete en busca de sentido*. México: Siglo XXI, 1994.

- L. G. —Proponés la *enigmática pulsión antiarcóntica*,⁹ pensándola en términos de una *pulsión* que pulsa; ¿cuál sería su destino? Tomando los objetos de la pulsión, de esa *pulsión antiarcóntica* que implica una tendencia al borramiento de los *archivos* (noción que Derrida abordara desde 1968 en *La différance*), y que planteás que surge cuando Derrida trabaja sobre los archivos freudianos.
- G. F. —En efecto, como bien refieren, el origen de ese trabajo es una conferencia que le solicitan a Derrida a propósito de las eternas disputas sobre los archivos freudianos. Cuando tropecé con *Mal d'archive*¹⁰ (*Mal de archivo*) pude entender mucho de la propia historia argentina reciente. Los efectos de la lectura fueron contundentes. Derrida estuvo siempre del lado de las mejores causas, no del lado de las peores, y ha sido solidario en el mundo entero con muchas cosas, por lo cual era intelectualmente una figura muy querible, muy estimable. Convengamos en que él no pensaba en la situación argentina cuando escribió *Mal d'archive*, pero pensando en los *archivos freudianos* hace algunas consideraciones a propósito de qué ocurre en las sociedades cuando por momentos se desata, se suelta, se instala y uno constata que se instituye (podríamos agregar eso) esta terrible, «siniestra pulsión antiarcóntica», ese equivalente del nombre del Diablo, dice él, lo demoníaco, lo maléfico, «lo maldito de la pulsión».

La lectura del texto de Derrida me permitió entender por primera vez de manera distinta el sufrimiento social en la Argentina a propósito de los archivos prohibidos, de los archivos perdidos, los archivos destruidos; en el múltiple sentido, no solamente el de los listados nunca aparecidos, sino el de pensar en una generación como parte de un *arkhé*. Fue el primer sentido para mí de este libro: entender algo de lo traumático que persevera en la sociedad argentina; como hipótesis, a propósito de esa perforación en la trama de un *arkhé*, y que viene a violentar, herir. La ausencia en la trama de una generación; me importa señalar que no

9 G. Frigerio. *La división de las infancias. Ensayo sobre la enigmática pulsión antiarcóntica*. Buenos Aires: Del Estante, 2008.

10 J. Derrida. *Mal de archivo*. Madrid: Trotta, 1997.

me refiero solo a la ausencia de los que uno llora porque murieron, sino de los que uno también debe llorar porque aun no muertos no dejaron (como no dejó ninguno de nosotros) de estar afectados. Se abre entonces, en mi opinión, toda una reflexión a propósito de lo que significa la expresión *antiarcónica* en una sociedad y de lo que esto produce como *trauma* de muy lenta y compleja elaboración en el tejido social, porque constituye una *interrupción en la trama de transmisión*. Sobre esto, por supuesto, no cabe banalidad o superficialidad.

Ese agujero en la trama, esa interrupción en la transmisión no es reparable con una política curricular, por decir una pavada; lo que está en juego no es lo que hacemos con un mejor currículo, es qué hacemos con una transmisión interrumpida, qué hacemos con, como me decía una tesista, «a lo mejor ya no podemos transmitir por un tiempo porque solo transmitiríamos miedo». ¿Cómo (re)anudar con la parte del *arkhé* desaparecido, el prohibido, el expropiado? ¿Cómo resignificar el *arkhé*? ¿Cómo encontrar nuevos fundamentos, para utilizar una expresión más próxima a Laplanche? Dicho sea de paso, Laplanche y Pontalis son psicoanalistas, como todo el grupo que reúne Michel Gribinski alrededor de *Penser-Rêver*, que crean un pensamiento psicoanalítico contemporáneo muy valioso.

- L. G. —Para ir ligando los contenidos: en nuestro medio y en nuestra región se han trabajado esos efectos en el campo de la subjetividad y en la transmisión de contenidos y también en la transmisión del horror, de aquello que ha quedado denegado, encriptado.
- G. F. —Los uruguayos cuentan con gente que valoro mucho. Marcelo Viñar, para dar un ejemplo, Alberto Konicheckis, para dar otro ejemplo, dicen las cosas con justeza y justicia cuando de maneras diferentes pero próximas señalan lo complejo que se instala cuando una generación no puede tramitar un nivel de trauma tan contundente como el que pasó en algunas sociedades como expresión o efecto de la pulsión de muerte desanudada de la pulsión de vida. Cuando una generación no elabora, la siguiente queda en posición de verse exigida de un plus de trabajo psíquico. Es posible preguntarse o formular(se) la hipótesis respecto a que algo de lo que hoy acontece con las nuevas generaciones en algunos de nuestros países tendría que ver con esa dificultad

elaborativa de las generaciones adultas que vivieron los años de las dictaduras y ese plus de exigencia elaborativa cargado sobre los *recién llegados*, por decirlo arendtianamente. Quizás haya que admitir que el otro, los «nuevos», pueden hacer distintas cosas con el legado: tomarlo o rechazarlo diciendo «arréglenselas, me rebelo contra eso, no estoy dispuesto a tramitar por otros». Se abren entonces las cuestiones vinculadas a dar trámite a las herencias en el sentido más complejo, no solo las herencias deseadas o idealizadas, sino las que remiten a la herencia del horror, la del agujero; con la herencia del trauma, con la marca, con la inhibición para pensar, con los restos de la pulsión de muerte que sigue operando para desatar y mantiene la dificultad (por lo menos yo lo tengo como hipótesis) para volver a armar lazos.

L. G. —De alguna forma cabalga en ese contexto de lo que has llamado las políticas desubjetivantes y las subjetividades estructurantes, en un contexto entre la hospitalidad y la hostilidad.

G. F. —Quisiera incorporar un nuevo matiz. Me parece que las *políticas desubjetivantes* son aquellas con vocación, tentación *desubjetivante*. No estoy segura, no sabemos todavía y no sabremos rápidamente, porque de los efectos en la subjetividad uno viene a enterarse *après coup*, no sabemos ni cómo se va a registrar ni cómo se va a significar el efecto de esa política con intención desubjetivante. No puedo afirmar que no producen ninguna subjetividad, no es que el efecto sea «obligatoriamente» desubjetivante. La cuestión es que a veces las políticas filian en un vacío, filian a la miseria, filian en lo traumático, a veces en el horror, en lo deshumano, como diría Pierre Fédida, psicoanalista que trabaja en uno de sus últimos seminarios la noción de lo deshumano, que da cuenta, y a mi entender dialoga bien con alguna de las cosas que Eugène Enriquez plantea respecto a los rostros de la pulsión de muerte en estos tiempos y a lo que la filosofía política también nos da a ver en distintas voces, entre otras la de Jean-Luc Nancy o la de Alain Badiou. Cuando menciono estos referentes no crean que esté segura de entenderlos a todos, no necesariamente estoy segura de entenderlos bien, no estoy segura de estar totalmente de acuerdo, pero sé que no soy indiferente a esa lectura. Siempre tengo la duda de si leeré bien a los que me hacen pensar. En ese *carrefour* de maestros también se

encuentra una figura muy importante en su producción, que hace muchos años que vengo leyendo sin estar segura de que terminaré entendiéndola en su profundidad, y no podría decir entretanto que esté totalmente de acuerdo; tengo sus lecciones marcadas e indico ahora el año que las comento y releo. Se trata de Pierre Legendre, un intelectual con una cabeza magnífica que, entre otras cosas, denuncia los efectos terribles de los tiempos del reinado de la administración, con lo que esto significa de interrupción o colapso de lo que él llamaría *la fábrica del hombre occidental*. Es en sus lecturas y relecturas que perdura también para mí una relación transferencial.

M. F. —¿Hacia dónde vamos, hacia dónde van las instituciones hoy en día?

G. F. —Bueno, no sé, ustedes dirán, yo veo si los puedo acompañar.

M. F. —Porque nos encontramos pensando intrigados, inquietos, sobre tu pensamiento hoy en día, luego de habernos mostrado (banda de Moebius mediante) toda esta formación tuya. ¿Por dónde entendés tú que pueda ir hoy en día la lectura de las instituciones? Podrían ponerse las educativas, pero me parece que trasciende, el trabajo en el terreno, esto clínico...

G. F. —Habría, quizás, dos cuestiones; una es para mí la importancia de reafirmar el sentido del concepto de Institución, con mayúscula. No estoy hablando de las instituciones, sino de la Institución, algo que para mí, seguramente como efecto de todas las marcas, aparece como tercero garante, concentrado simbólico, como garante de la relación con la ley estructurante de lo humano. Relación con la ley que los *señores de la guerra* se encargaron de debilitar consistentemente. Para mí esa manera de entender a la Institución es una convicción (Freud les daba importancia a las convicciones). No hay sociedad sin ley, no hay sujeto sin ley. Así planteada la cuestión, el concepto de Institución es el concepto que simbólicamente e imaginariamente necesita ser (re)conocido, (re)significado y rejerarquizado. Rejerarquizado, además, después de un tiempo en que hubo una confusión teórica entre las Instituciones con mayúscula y las instituciones con minúscula, y un embate a las instituciones con minúscula que arrastró a un embate contra las Instituciones con mayúscula también. Mi preocupación cuando trabajo es reposicionar, tratar de compartir, de debatir, de discutir el sentido

de ese concepto de Institución allí donde colinda y se confunde con el de Ley, alude y concierne al tercero garante y eventualmente con la noción de Estado, el que cumple una función genealógica y no se me confunde con el Estado moderno, posmoderno, grande, chico, sino el Estado como emblema de un tiempo que tuvimos que inventar para pasar del estado de naturaleza al estado de cultura.

Esa es la primera consideración, porque desde mi posición entiendo que sin tercero garante, sin volver a dar vida simbólica e imaginaria a la noción de Institución, hay algo del posible famoso lazo social que permanecería obstaculizado, cuando no impedido. Ese tercero garante tiene que volver a crear la confianza en un sentido del lazo. Pierre Legendre, de quien les hablé, en su trayectoria incluye el derecho, ha revisitado el origen etimológico de las palabras, sus traducciones, y es uno de los que recuperan el *vitan instituere* del antiguo derecho romano reinstalando una vertiente de análisis que permite pensar respecto a quién *simboliza la garantía de la filiación simbólica* para los de la especie. Me gusta además agregar una filiación simbólica cuyo alcance es necesario explicitar en el sentido de que, retomando lo que conversábamos sobre lo desubjetivante, Hitler y la máquina totalitaria también ofrecían una filiación simbólica. La diferencia entre la filiación simbólica del *vitan instituere* y la del totalitarismo es que la del *vitan instituere* permite la construcción de la representación de la imagen del otro como semejante y del sujeto como diferenciado, y la del totalitarismo catapulta a la trampa de lo especular.

En segundo término están las instituciones con minúscula, las que desvitalizadas y descatectizadas se van volviendo organizaciones. Por eso suelo discutir conmigo misma cuestiones de mi tiempo de pensamiento organizacional. ¿Cuál es la diferencia entre institución y organización? Las instituciones responden a la pregunta de *por qué*. Siendo bien castoriadista, se inventan las instituciones porque tenemos necesidades, pero los hombres nos inventamos unas necesidades de las que podríamos no tener necesidad. Creamos instituciones para necesidades inventadas. Entonces, cuando el *porqué* se pierde para volverse *cómo*, es decir, cuando la institución se transforma en pura organización, hay algo del orden del sentido que nunca está total-

mente atado, porque el sentido anda siempre boyando, extraviadito, un poco como el deseo, que se desdibuja. Es importante para mí en estos tiempos reposicionar las preguntas acerca del *porqué*. Es decir, hacer un trabajo de nuevos fundamentos, como dice el psicoanálisis, que no implica fundar de nuevo, sino encontrar nuevos sentidos. Esta perspectiva me permite visitar y rearticular con algunos de los puntos que conversamos a propósito del trauma. Dicho de otro modo, en la modalidad de segmentos o de ruinas del orden simbólico anterior. Para decirlo a lo Castoriadis: las nuevas institucionalidades que quisiéramos crear no se construyen en un territorio sin restos de órdenes simbólicos anteriores. A menos que podamos pensarlos, considerarlos, reatenderlos, reacomodarlos, elaborarlos y quizás, ¿por qué no?, hasta olvidar algunos.

Abro paréntesis, creo que el olvido tiene mala prensa. Uno sabe que se sufre del olvido, pero también sabe que se sufre del exceso de memoria, de la memoria plena, de la memoria totalitaria, de la memoria impuesta. Estoy en contra de las políticas de la censura, pero creo que el sujeto puede olvidar. Es más, casi te diría que tiene derecho a olvidar. O, como diría Nietzsche, uno no podría crear sino a condición de que el olvido haga su trabajo creador.

Esto me permite considerar las nuevas institucionalidades como un trabajo sobre los restos, entre los sedimentos está lo traumático, entre los sedimentos está el horror, entre los sedimentos la pulsión de muerte sigue ahí operando, haciendo trapisondas, poniéndote el pie para que te caigas, desenlazando, y entre sus expresiones aun políticamente más correctas. Pero también entre los restos está la pulsión de vida que busca enlazarse y persevera. Ahora bien, no alcanza con hacerse las preguntas del *porqué* en función del sentido, sino que importa agregar las inquietudes acerca de los efectos. ¿Qué efecto producen las decisiones y acciones políticas? Me inquietan en estos tiempos los efectos de las políticas actuales, los efectos de ciertos discursos hegemónicos, los efectos de ciertos clisés a los que se adhiere sin haber cuestionado nada. Tenemos que ser competitivos en un mundo global. ¿Por qué? ¿Desde cuándo está que el mundo globalizado era buenísimo? ¿Cuándo olvidamos que la globalización es lo

contrario de la mundialización? ¿Por qué había que ser competitivos sin ganas?, ¿dónde están el beneficio directo y el beneficio secundario de la competitividad?

Siempre me ha interesado discutir, como ven hay muchas cosas, y me parece que ahora hay que insistir en hacerlo, porque hay mucho resto de una hegemonía, de un vocabulario de una cierta filosofía política, la que prefiere hablar de equidad en lugar de hablar de igualdad, con lo cual viene a taponar, a hablar de equidad para no admitir que ha producido desigualdad. Quiero aclarar que no considero que las cuestiones organizacionales hayan perdido su interés, una institución necesita expresarse en una organización; el problema es cuando la organización ocupa toda la escena y el *porqué* se borró. Tal vez entonces se comprenda mejor mi preocupación por reinstalar la pregunta acerca del *porqué* antes de meternos en un *cómo* sin sentido.

Debo admitir que, considerándome de algún modo institucionalista, tengo diferencias con algunas corrientes institucionalistas, aquellas que han seguido más próximas a las primeras corrientes de los movimientos institucionalistas. Me plantea problema «la aplicación». Una cosa es explorar, para lo cual hay encuadre y prudencia; desde mi perspectiva, cierto estilo de intervención próxima a la aplicación en las instituciones es impertinente.

Es por eso, quizás, que tengo algunas diferencias con la gente que piensa que puede intervenir con algunos conceptos psicoanalíticos en los territorios educativos llamados escuelas. Se producen algunos equívocos que tienen que ver primero con la respuesta a *la* institución, a lo que *la* institución pide; *la institución quiere* es una generalización que borra justamente lo que Castoriadis nos enseñó. La institución está hecha por cada uno de nosotros y la totalidad de todos laburando ahí, representándola. No hay nadie que pueda adjudicarse ni robarse la titularidad de la institución. Entonces cuando uno responde a un supuesto pedido de una supuesta institución se está llevando puesta a la institución.

Creo en los encuadres como creo en el *continente para pensar*, soy fiel a Anzieu en este sentido, no hay pensamiento sin continente. El encuadre institucional define un pertinente y un impertinente.

Sin encuadre jamás podrías pensar la transgresión y sin continente jamás podrías pensar. No comparto las posiciones que se sostienen en lo que considero traspapelamientos, razón por la cual no intervengo en las instituciones, sin por ello dejar de trabajar en ellas.

- M. F. —Estaríamos arribando al destino de nuestro encuadre de trabajo, que siempre da un poco de pena, punto de llegada y de partida. Al escucharte, Graciela, con relación a Lacan y a los desarrollos franceses posteriores, cuánto pudiera introducirse para ser pensado lo Real, porque hablás de las imágenes, vimos mucho lo Simbólico.
- G. F. —Freud aborda ese núcleo duro de lo inelaborable. Ahora también algunos están abriendo el concepto de lo Real para atender a lo Real en lo Simbólico, lo Real en lo Imaginario, lo Real en lo Real. Me vuelvo prudente, por decirlo de alguna manera, temo la entronización de los conceptos. Porque, como Pontalis advierte, uno no puede pensar sin conceptos, sin eso no ajeno a garra, a lo que agarra, pero por lo que no hay que dejarse agarrar.
- M. F. y L. G. —Queremos agradecer tu disponibilidad a mantener esta conversación en los términos en que la previmos.
- G. F. —Soy yo la que les agradece que hayan considerado que tenga sentido compartir algo de mi historia y de mis reflexiones. Han sido magníficos en la manera de solicitar la palabra y en el tono que pusieron al escucharla. ♦